

El Mercurio, Valparaíso, 29-III-1998 p. B18.

# Comentario DE LIBROS

Nº 0726

Por Antonio Rojas Gómez

**"Flores para un cyborg",** Diego Muñoz Valenzuela, Editorial Mondadori, 213 páginas, primera edición, 1997.

Ganadora del Premio Consejo Nacional del Libro en la categoría de novela inédita en 1996, esta historia sorprende por su extraña mezcla de ciencia ficción, denuncia política y suspenso policial. Texto curioso, distinto a cuanto acostumbra abordar los narradores nacionales, muestra a un autor sagaz, que arma bien sus argumentos, presenta a los personajes de manera adecuada y se sustenta sólidamente en un trabajo idiomático serio. Diego Muñoz conoce las palabras, las elige, las pule y entrega al final una prosa limpia, grata de leer, efectiva en la proyección hacia el interés del lector.

Lo más novedoso en "Flores para un cyborg" es su aspecto de ciencia ficción, vale decir, la construcción de un robot que alcanza paulatinamente características humanas, se desprende de su creador y asume una voluntad propia que sorprende no sólo al lector, sino también al narrador. Este es un ingeniero de un

país sudamericano que no se identifica, pero en el cual es fácil vislumbrar a nuestro Chile. País que debe abandonar, perseguido por la dictadura de turno. Se asila en una universidad estadounidense, cuya mediocridad lo abruma y lo lleva a fabricar el robot, que revestido con piel artificial —invento de otro ingeniero exiliado que se adivina brasileño— alcanza el aspecto de un ser humano auténtico.

De regreso en su país de origen, que vive una etapa de transición a la democracia, tutelada por un militar de dudosa vocación pluralista, el científico inicia una tarea vengadora contra los agentes de la represión del régimen anterior. El cyborg, por cierto, es el "jovencito" en la ejecución de esos crímenes que el narrador busca justificar a través de sus convicciones políticas izquierdistas.

Y surge el amor en el protagonista narrador, hacia una cirujana plástica que lo secunda en sus proyectos científicos, políticos y homicidas. Y el humor, en las aspiraciones del robot por convertirse en hombre auténtico mediante la posibilidad de su adaptación a las exigencias de aproximación física a una mujer.

La primera persona que escogió

Muñoz Valenzuela para escribir la historia le permite un manejo fácil de las situaciones, pero le da un punto de vista unívoco que pudo enriquecerse mediante la audacia de haberle entregado la pluma al cyborg en algunas aventuras, por ejemplo.

Aparece bien logrado el estrechamiento de la relación entre el ingeniero y su criatura mecánica, a medida que ésta se humaniza. Hay un inteligente manejo del diálogo, a pesar de la excesiva recurrencia a términos del tipo "montón de chatarra" o "saco de tuercas" con que el narrador se dirige al androide. Y hay, también, un punto de vista nada original en el enfoque político, a pesar de las críticas que el narrador formula a los partidos y movimientos extremistas.

La novela, en resumen, resulta diferente por la presencia del robot, que se hace simpático y humano, más que otros personajes del reparto. Una especie de Pinocho chileno posmoderno, que en lugar de madera fue fabricado con circuitos de gran precisión, y que, al igual que el muñeco de Gepetto, consigue categoría humana, aunque no es precisamente un ejemplo para los niños, ni siquiera para los adultos, a los que consigue entretener en buena ley.